

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 77.

Alicante 11 de Mayo de 1872.

Año III.

LA ASCENSION DEL SEÑOR.

Hé aquí la festividad más gloriosa de cuantas se refieren al tránsito por el mundo de nuestro Señor Jesucristo, y el misterio que en cierto modo pone el sello á todos los otros. En la encarnacion declaró ya la guerra á todas las potestades del infierno: su nacimiento y su vida fueron una continua lucha contra ellas, que triunfando, terminó con la muerte; y aunque la victoria se vió patente el dia de la resurreccion, el Salvador no quiso hacer su entrada en los cielos hasta cuarenta dias despues de ella, durante los cuales convenció á sus discípulos con muchas pruebas de la verdad de su resurreccion: les hizo ver por frecuentes apariciones que estaba vivo, comió varias veces con ellos, les habló de los misterios de la religion, y les instruyó de todo lo que debian saber para el establecimiento y gobierno de su Iglesia. El dia mismo en que Jesucristo debia subir al cielo, fué el último y mas memorable en esta série de apariciones. Estando todos juntos en Jerusalem, se les presentó cuando estaban á la mesa y se puso á

comer con ellos. Acabada la comida, les hizo un largo sermón, que fué como el compendio de las lecciones que antes les habia dado; les reprendió su poca fé y la dificultad que muchos habian tenido para rendirse al testimonio de los que le habian visto resucitado. Les recordó cuanto les habia predicho sobre su muerte y resurreccion, que todo lo habian visto cumplido, anunciándoles el *reino de Dios*. Los Apóstoles, entendiendo que les hablaba de un reino temporal, le preguntaron si pensaba restablecer el pueblo de Israel en su primitivo esplendor; pero Jesucristo les dijo que de lo que les hablaba no consistia sino en un imperio absoluto que Dios tendria sobre ellos y sobre cuantos llamase á su Iglesia; que en este reino todo espiritual, habian de suceder grandes cosas, pero que estos eran secretos cuyo conocimiento se habia reservado Dios, y era inútil querer penetrar. Despues de este discurso, los llevó el Salvador al monte de las Olivas, se colocó en medio de ellos, y despues de bendecirlos, le vieron todos elevarse hasta el cielo, siguiéndole con sus ojos enternecidos, con sus trasportes de amor y

con sus lágrimas. En esta especie de arrobamiento se encontraban cuando dos ángeles vestidos de blanco se acercaron á ellos y les dijeron; Varones de Galilea ¿por qué os estais ahí mirando al cielo? Ese mismo Jesús, que acaba de elevarse al cielo, vendrá del modo que le habeis visto ir.

Tal es el asunto de esta gloriosa festividad.

San Gerónimo refiere, que en el lugar en que el Señor se elevó al cielo, se veían aún en su tiempo las huellas de sus piés, en el punto en que tocó la tierra por vez última. Estas huellas no se borraron ni aun durante el sitio de Jerusalem, á pesar de que Tito acampó largo tiempo sobre el monte de las Olivas. Más tarde la piadosa emperatriz Santa Elena, madre de Constantino, hizo construir allí la basílica de la Ascension y un convento; pero fué imposible, nos dice el venerable Beda, cubrir con el pavimento la huella de los piés, ni cerrar la bóveda del santuario en el punto en que el Señor debió elevarse al cielo. Desgraciadamente este templo, al que van unidos tan preciosos recuerdos, está hoy en poder de los turcos, transformado en mezquita.

L. P.

En estas tardes de Mayo en que el orador sagrado Sr. Serra desarrolla victoriosamente las verdades fundamentales de la Religion Católica, un grupo de *sábios* colocado

cerca del púlpito, toma notas de los discursos que diariamente pronuncia dicho señor. O mucho nos engañamos, ó la Suma de Sto. Tomás vá á ser rebatida por la *suma* de los espiritistas.

Á LA ASCENSION

de Cristo Nuestro Señor.

ODA. (1)

¿Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto,
Y tú rompiendo el puro
Aire, te vés al inmortal seguro?

Los ántes bien hadados,
Y los agora tristes y afligidos,
A tus pechos criados,
De tí desposeidos,
¿A dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea énojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?

¿A aqueste mar turbado
Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
Al viento fiero airado,
Estando tu encubierto?
¿Qué norte guiará la nave al puerto?

(1) Llamamos la atencion de nuestros lectores sobre las últimas cuatro estrofas de esta célebre Oda que publicó por primera vez la «Revista de Ciencias, Literatura y Artes» de Sevilla, copiándolas de un Códice del siglo XVI, en su concepto autógrafo, y que con otras poesías del M. Leon, poseia el distinguido poeta sevillano D. Juan José Bueno.

¡Ay! nube envidiosa,
Aun de este breve gozo, qué te aquejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres, y cuán ciegos, ay, nos dejas!

Tú llevas el tesoro,
Que solo á nuestra vida enriquecía,
Que desterrára el lloro,
Que nos resplandecía
Mil veces más que el puro y claro día.

¿Qué lazo de diamante
¡Ay, alma! te detiene y encadena
A no seguir tu amante?
¡Ay! rompe y sal de pena:
Colócate yá libre en luz serena.

¿Qué! ¿temes la salida?
¿Podrá el terreno amor más que la ausencia
De tu querer y vida?
¿Será acaso violencia
Vivir siempre de Cristo en la presencia?

Dulce Señor y Amigo,
Dulce Padre y Hermano, dulce Esposo,
En pos de tí yo sigo;
Que en este lagrimoso
Destierro, no hay sin tí bien ni reposo.

Fr. Luis de Leon.

Hé aquí el discurso pronunciado por el Papa el día del Patrocinio de San José, discurso de que ya hablamos á nuestros lectores:

«Antes de dar á este devoto pueblo, como acostumbro, la bendición apostólica, os diré algunas palabras que os sirvan de apoyo y de enseñanza, al mismo tiempo que me consuelen en el ejercicio del ministerio apostólico. Desde luego os diré para vuestro consuelo y el de Roma entera, que hace pocos días conversaba con varias personas procedentes del extranjero y de lugares muy lejanos, y me decían con gran satisfacción mía, que la

actitud del pueblo romano en las circunstancias presentes, formaba el objeto de los elogios y de la admiración de gran número de personas en el mundo entero. Recibid, pues, estos elogios; pero sobre todo esto, tributemos alabanzas á Dios, que es el autor de todo bien. Por lo demás, queriendo aun consolaros con alguna otra palabra adecuada al día en que estamos, os diré lo que la Iglesia ofrece á nuestras meditaciones; os diré esta palabra de Jesucristo que decía dirigiéndose á los Apóstoles: *Modicum et non videbitis me et iterum modicum et videbitis me.*

«Estas palabras parecieron oscuras á los Apóstoles. La marcha de los siglos y las esplicaciones que de ellas ha dado el mismo divino Salvador, nos han puesto de manifiesto el sentido de estas palabras: *Modicum et non videbitis me.*

«No me vereis durante cierto tiempo, pero luego volveréis á verme. Este *modicum* es la vida presente, porque aquí abajo no podemos ver á Nuestro Señor con los ojos del cuerpo. La vida es corta y por eso la llama el Señor *modicum tempus*. Pero despues, cuando hayamos hecho todo lo necesario para mantenernos en el cumplimiento de los deberes cristianos, vendrá el tiempo en que se abrirán las puertas eternas, y en que todos podremos ser admitidos á la felicidad eterna del Paraíso.

«Para llegar á esta dicha, mis amados hijos, Jesucristo nos ha enseñado lo que es preciso hacer, cuando ha dicho *Ego sum ostium*: yo soy la puerta. Para llegar á la eterna ventura es preciso entrar por la puerta; y la puerta, esto es, Jesucristo, es la fé operativa, quiere decir, á la que acompañan las obras, y quien no entra por estas puertas (escuchad estas frases, que no son mías, sino de Jesucristo,) es un ladrón, un asesino, un pér-

fido. *Qui non intrat per ostium fur est et latro.* Por tanto, para entrar por esta puerta, Jesucristo no ha temido compararse á un hombre que se propone hacer un largo viaje, y que antes de emprenderlo llama al rededor de sí á todos sus servidores, y entrega á cada uno una cantidad, á fin de que ellos lo lucren durante su ausencia. A uno da cinco francos, á otro dos, á otro uno solo; pero todos tienen la obligacion de utilizarlos.

«Hijos muy amados: estamos en esta vida mortal, y Jesucristo nos ha dado á todos un talento para que lo hagamos fructificar. Me lo ha dado á mí para que cumpla mis deberes en presencia de todo el pueblo católico esparcido sobre la haz de la tierra, para que haga fructificar el talento en el ejercicio del santo ministerio.

«Lo ha dado á los padres de familia, á fin de que guarden á esta con un celo estremado, velen por la educacion de sus hijos y ejerzan sobre su familia toda una vigilancia cristiana. Todos han recibido un talento, y cuando Jesucristo venga á pedirnos cuenta de él, todos debemos responder: «Hé aquí lo que yo he hecho hasta ahora,» y no decir como aquel servidor que por miedo á su amo escondió el talento, y que obtuvo esta respuesta: «*Serve nequam*, tú eres un servidor pérfido y malo.» Y si á aquel que no habia utilizado su talento aplicó Jesucristo estas palabras, *serve nequam* servidor impío y malo, ¿qué hemos de decir de los que habiendo recibido talentos, y léjos de hacerlos fructificar para el bien, los han utilizado para el mal? ¿Qué hemos de decir de los que han venido á apear á Roma? ¿Qué decir de los que emplean sus talentos en oprimir, escandalizar y tratar de corromper la pureza de la fé de Jesucristo?

«Tiemblo decir las palabras que siguen; pero del mismo modo que Dios ha dicho: *serve nequam* al servidor negligente y abandonado, del mismo modo dirá á esos otros: *Discediti à me, maledicti, in ignem æternum.*»

«¡Dios mio! que esta palabra se cumpla, pero que no tenga su cumplimiento sobre esos de que hablamos. ¡Ah! por el contrario, que por un nuevo favor de vuestra misericordia infinita veamos volver á Vos á los impios y convertirse á los pecadores.

«Sin embargo, amadísimos hijos, marchemos por este camino, camino de dolores y miserias. Pero acordaos que en el Evangelio de esta mañana Jesucristo añade, valiéndose de una comparacion vulgar, que cuando la mujer está próxima á dar á luz, experimenta grandes dolores, y despues del parto se regocija y felicita porque un hombre ha venido al mundo. Así sucede con nosotros en medio de las tribulaciones. Pero quizá llegará el dia en esta vida, y seguramente en la otra, en que pasados los dolores podremos tambien nosotros sentir estremecerse de alegria nuestros corazones viendo á todas las cosas puestas en su lugar y suceder la calma á la horrible tempestad que ruge en nuestro derredor. ¡Oh que Dios lo haga, si, que Dios lo haga!

«Lo que os deseo es que todos vosotros, al presentarse al tribunal de Dios, podais decir: «he aquí el talento que me habeis confiado; le he hecho fructificar lo mejor que he podido; le he hecho servir para mi santificacion; le he utilizado por medio de buenos ejemplos, favoreciendo la santificacion de los demás; le he utilizado enseñando, instruyendo, practicando todas las virtudes cristianas.

«Magnífico será en aquel momento el

oir decir: *Euge serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium Domini tui.*

»Concluyamos, amados míos: Caminamos en las tribulaciones; pero estas, ofrecidas con resignacion, nos darán la corona de la eternidad en el paraíso en que seremos saludados de nuevo por estas dulces palabras: *Euge serve bone et fidelis.*

»Mientras tanto, yo pido á San José, cuyo patrocinio celebramos hoy, que cuando llegue el instante en que debamos dar cuenta á Dios del talento que nos ha entregado, este santo Patriarca, á quien se ha confiado la proteccion de la Iglesia, se acerque al lecho de vuestros dolores, os asista, os fortifique y os dé la gracia de que necesitamos tanto al pasar del tiempo á la eternidad, al hacer el viaje irrevocable del que nadie puede volver una vez empezado.

»Os deseo muerte tan dichosa entre Jesucristo y María, y á fin de que vosotros la deseéis con una esperanza mas firme, ruego á Dios que os bendiga desde las celestes alturas: pido á Dios que sostenga mi mano levantada para que pueda, yo, su Vicario indigno, daros á todos esta bendicion que os fortifique, os dé el valor del combate y la gracia de conformaros con sus designios, desconocidos para nosotros, y por último, os alcance los consuelos de la tierra y despues los eternos consuelos del cielo.

»*Benedictio Dei etc.*»

De la ilustrada publicacion barcelonesa *La ciencia al alcance de todos*, tomamos la siguiente curiosa

ESTADISTICA.

SUICIDIOS.—Sobre 100 suicidios, Des-

curet no ha observado sino 4 en personas de sólida piedad, á saber: 3 mujeres melancólicas y el venerable abate Veard, cuya razon se hallaba completamente trastornada por la edad y las amarguras.

En 1827 hubo en Francia 1,725 suicidas, y 9,340 en el año 1852.

En París ha habido del 1794 á 1804, 107 suicidas; del 1804 al 1823, 334; del 1830 al 1835, 382 y en el 1842, 551.

En Berlin hubo 45 suicidas del 1758 á 1775; 62 del 1778 á 1797; 126 del 1797 al 1808 y 546 del 1813 á 1822.

Segun el *Journal de la Sociedad estadística de París*, noviembre, 1868, pág. 281, en Francia por cada millon de habitantes ha habido en 1826-30, 54 suicidas; en 1831-35, 64; en 1836-40, 76; en 1841-45, 85; en 1846-50, 97; en 1851-55, 100; en 1861-65, 124; y en el año 1866 hasta 134 suicidas. Es decir, un incremento de 148 por ciento desde 1826 á 1866. ¡Pobre Francia! El mismo periódico dice que los suicidas en Francia segun los años 1865 y 1866, sobre 100,000 solteros adultos, hay por término medio 43 hombres y 5 mujeres; sobre 100,000 casados 24 hombres y 6 mujeres, y sobre 100,000 viudos 64 hombres y 13 mujeres.

Las profesiones parece que influyen en los suicidios. En Francia 1865-1866 por cada 100,000 individuos hay 9 suicidas que son agricultores, 13 que pertenecen al comercio, 22 á las profesiones liberales y 60 que son individuos sin profesion conocida.

Locos.—Halliran refiere que en el manicomio de Cork, Irlanda, por un loco católico hay 10 de reformados (protestantes).

Segun Monlau en los Estados de Nueva-York hay un loco por cada 721 habitantes; en Inglaterra 1 por 783; en Escocia 1 por 563; en Noruega 1 por

551; en Francia 1 por 1,000; en las provincias del Rhin 1 por 1,000 en Bélgica 1 1,014; en Holanda 1 por 1,046; en Italia (sin contar la Cerdeña, ni Massa, Carrara ni la Sicilia) 1 por 4,879; y en España 1 por 7,181 habitantes. Nótese que en estas tablas, como en todas las ordenadas (segun ellos) por los grados de civilizacion, nuestra España ocupa casi siempre el último lugar. Por un lado nos ruboriza esta especie de postergacion algunas veces inmerecida, mas por otro lado nos consuela el ver que si en España hay (segun dicen) menos civilizacion, hay tambien menos pauperismo, menos prostitucion, menos suicidas, menos locos, menos criminales

menos irreligion, menos bancarrotas, menos pleitos, etc. Esto cuando menos prueba que no es de la mejor ley la civilizacion de que tanto blasonan algunos países, y esto prueba tambien que todavía nos hallamos en circunstanCIAS propicias para poder dar al pueblo español una direccion acertada, huyendo de los escollos en que nos hemos metido, teniendo presente que la civilizacion industrial sin la Religion, no es mas que corrupcion, es ponzoña, contenida, eso sí, en vaso de oro.

Segun el Dr. Lefebre hubo en Francia en el año 1818, de 8 á 900 locos; en 1834, 1.200, y en 1855 nada menos que 60,293. ¡Pobre civilizacion moderna!

MAYO EN MONSERRAT.

BALADA CATALANA.

Del *Cancionero de Monserrat* copiamos la siguiente lindísima balada, llena de ternura y sencilla piedad.

La ponemos en castellano para inteligencia de todos nuestros lectores, procurando en lo posible no alterar las palabras, sino lo más preciso por razon de la rima; y tambien en su idioma propio para que la vean en toda su naturalidad y candorosa sencillez los inteligentes.

La Mare de Deu
De dalt la montaña
Dos dias atrás
Cap a la vesprada.
Ab veu divinal
Que als angels encanta
A dintre del cor
Axis me parlava.
—¡Que fas aquí al Bruch
Tan prop de ma casa
Sens cantarme res
Ni dirme paráula?
—¡Que voleu, María,
Que voleu que fassa,
Vejentme llansat
Tant lluny de ma patria!
—No ho deyas axis
Quant be me estimavas
Perque hon era jo
Allí t'era patria.

La Madre de Dios,
De aquella montaña,
Dos dias no hace,
Cuando el sol bajaba,
Con voz celestial,
Que al angel encanta,
Dentro de mi pecho
Deste modo hablaba.
—¡Qué haces en el Bruch
Cerca de mi casa
Sin cantarme coplas
Ni decirme nada?
—¡Qué quereis, María,
Qué quereis que haga
Viéndome tan léjos
Fuera de mi pátria!
—No decias eso
Cuando bien me amabas,
Porque era tu tierra
Allí donde estaba.

—¡Jo os estimo molt:
Per tot alli ahont vaja
Ja sabeu que os tinch
Dins mon cor posada!

Pero es mes de Maig
Y m'recordo encara
Dels dias de goig
Que avans disfrutava.

Que aqueig mes sagrat
Barcelona ensalza
Ab contento gran
Vostras glorias santas.

Y jo retirat
En eixa montaña
No vos puch honrar
Com acostumava.

—¡Ah no anyoris, no,
Funcions de ta patria
Que aquí á Monserrat
Sen fan de molt guapas!

—¡Se os posant allí
A mils las aranyas
Quels'vostres altars
A un cel los comparan!

—Aquí de ple ple
La llum del sol baixa
Als picos serrats,
Als fondos y rampas.

—Vos fan poms de flors
Las noyas galanas,
Vos fan ramellets
Daurats y guirnaldas.

—Aquí m'dona olor
Tota flor criada
Quel meu Fill plantá
En eixa montanya.

—¡Il's cantichs d'amor
Que allí resonaban?
¡Il's crits de plaer
Que pura os proclaman?

—Millor los amells
Alegres mels cantan,
Quant saltan bonich
Per sobre las bramas.

¡Y si es dols per ells
Lo viure en montanya
Quant ho fant per mi
Perque á tu te mata?

¡Ay Mare! jo faig
Com si no os amava:
Perdó ¡pero es tan cruel
Ser lluny de la patria!

Mes vos ja sabeu
Quel meu cor vos ama

—¡Yo os quiero muchísimo:
Do quiera que vaya
Sabeis que en mi pecho
Os llevo guardada!

Pero en este mes
Recuerda mi alma
Los dias de gozo
Que antes disfrutaba.

Que en mes tan sagrado
Barcelona ensalza
Con júbilo grande
Vuestras glórias santas.

Y aquí retirado,
En esta montaña
No puedo ya honraros
Como acostumbraba.

—No recuerdes, no,
Fiestas de tu patria,
Que aquí en Monserrat
Las hay bien galanas.

—Se os ponen allí
A miles, arañas,
Que vuestros altares
A ün cielo igualan.

—Aquí por do quiera
La luz del sol baña
Los picos hendidos
Los valles y ramblas.

—Allá ramilletes
De flores galanas
Os llevan las niñas,
Con bellas guirnaldas.

—Aquí el suave aroma
El aire embalsama
De mil florecillas
Que mi Hijo criara.

—¡Y aquellos cantares
Que allá resonaban?
¡Y aquellas cien voces
Que pura os proclaman?

—Mejor los gilgueros
Alegres me cantan,
Ligeros saltando
En esta enramada.

Si dulce es para ellos
Aquesta montaña,
Pues viven por mi,
Porque tu desmayas?

—Perdon, Madre mia,
Si necio os hablaba!
Perdon! es tan triste
No estar en su patria!

Más bien conoceis
El amor de mi alma

Y ab vostre amor sant
Mas penas se calman.

Donchs cantam d'amor
Cansó catalana
Y celebra el maig
Aquí a la montanya.

— Veniu, catalans,
Veniu á adorarla
Aquí á Monserrat
La Verge sagrada.

Veniu hi contents
Cantantli la *Salva*
Puig glorias y amor
María nos guarda.

Mireu nostres pits
Moreneta ab gracia
De amor tots inflats
Que ab pressa á vos marxan.

Y os cántan del maig
Las pompas y galas
Y ab himnes devots
De amor vos regalan.

Y que con el vuestro
Mis penas se calman.

— Pues cántame entonces
Cancion catalana,
Celebra mi mes
Aquí en la montaña.

— Venid, catalanes,
Venid á adorarla
Aquí en Monserrat
La Virgen Sagrada.

Alegres venid,
La Salve rezándola,
Que glorias y amor
María nos guarda.

Mirad, Morenilla,
Mirad nuestras almas
Correr hácia vos
De amor inflamadas.

Os cantan de Mayo
Las pompas y galas
Con himnos devotos
Que amores exhalan.

DISCURSO

de D. Mariano Palarea.

Conocidas son de nuestros lectores las modernas academias de la Juventud Católica, en las cuales templan sus armas los jóvenes estudiosos para esgrimir las contra los secuaces de la impiedad.

Hoy tenemos el gusto de insertar la primera parte del discurso que pronunció D. Mariano Palarea y Sanchez al ingresar en la academia de Murcia y del cual se ocupó muy favorablemente *La Idea*, periódico que ve la luz pública en aquella capital.

Después de una sentida introducción en que muestra el novel académico su gratitud hacia los individuos de aquella corporación por haberle elegido miembro de la misma, sienta la tesis de que, «La Iglesia es una necesidad filosófica y una necesidad social» y la desenvuelve de este modo:

SEÑORES:

El espíritu del mal y del error, incansable enemigo de la Iglesia, deseando divorciarla del progreso, de la civilización y de la ciencia, ha creído conseguir su dañado intento, seduciendo á los incautos con esta ampulosa frase: «La filosofía rechaza á la Iglesia.» La Iglesia es enemiga de la filosofía. Pero afortunadamente, como no podía menos de suceder, la Iglesia, á quien no han podido destruir ni debilitar diez y nueve siglos de luchas incesantes, ha permanecido tranquila y serena ante semejante calumnia, como serena y tranquila ha permanecido siempre, ante los impotentes esfuerzos de sus muchos y poderosos adversarios. Es más, en la cuestión que nos ocupa, la filosofía es la primera en protestar, y en volverse contra sus enemigos: la filosofía que encuentra en la Iglesia su centro y su vida, la filosofía que brilla con esplendente luz, alumbrando con la brillante lámpara de la fé el inmenso recinto del santuario, la filosofía que á la manera de una hiedra frondosa y admirable circunda el robusto tronco del árbol de la Religión, y trepando por entre sus ramas, las her-

mosea y se hermosea, las completa y se completa, no puede ser enemiga de la Iglesia, porque equivaldría á ser enemiga de sí misma; no puede querer la destrucción de la Iglesia, porque sería querer su propia destrucción: pues si se derriba ese santuario ¡ay de aquella lámpara! Si se corta ese árbol ¡ay de aquella hiedra!

Apoyado pues, en esa filosofía que está en tan armonioso concierto con la Iglesia, alumbrado por su luz y guiado por sus pasos, voy á examinar lo que es la Iglesia en el terreno especulativo y á demostrar que la necesidad de su existencia es una exigencia de la razón, un resultado del juicio, en una palabra un principio de la filosofía.

Como quiera que en los límites, siempre estrechos, de un discurso, no se pueden agotar las materias ni decirse todo, entre los varios medios que sugiere la inteligencia para probar la necesidad filosófica de la Iglesia, he tenido que elegir uno: ignoro si me habré decidido por el más conveniente, pero dispensadme si no he sido acertado en la elección.

Es para muchos un problema y aun para algunos un absurdo la existencia del orden sobrenatural; la existencia de un mundo superior al físico que palpan los sentidos, superior al estético en que se agita el corazón, superior al racional en que labora la inteligencia, superior al moral en que se estiende la voluntad: la existencia de un mundo que, se insinúa pero que no se descubre, se afirma, pero que no se conoce, se vé su superficie, pero no su centro: de un mundo en fin, que tiene, por atributos de su esencia, la idea del infinito, la idea de la eternidad, la idea de la universalidad, la idea de lo ilimitado, en una palabra, la idea de Dios.

Para nosotros, la existencia de ese orden no es ni un absurdo, ni aun un problema, ni siquiera un objeto de la más ligera duda, sino una verdad innegable, cierta, evidente: para nosotros, no es lo primero y es lo segundo, porque somos católicos, porque tenemos una fé, que así nos lo enseña: para nosotros, no es lo primero y es lo segundo, porque amantes de la humana dignidad,

queremos ser más bien un destello del Sér infinito, encerrado en una materia finita, que hijos de la casualidad ó descendientes de un mono: para nosotros, no es lo primero y es lo segundo, porque nuestro cuerpo y nuestra alma, el mundo físico y el mundo moral, la materia y el espíritu, de consuno, vienen á demostrarnos la necesidad de la existencia de ese orden que, aunque la inteligencia ni abarca ni conoce, vislumbra sin embargo y entrevé.

Que no comprendamos ese orden, que no le abarquemos con nuestra razón, no es motivo para que neguemos su existencia, porque aun sin salir del orden físico, hay miles y miles de misterios que en vano pretendemos descubrir, miles y miles de fenómenos que presenciemos sin comprender. Que no puede existir, porque no puede haber nada superior á la humana naturaleza, sobre ser un arranque de vana soberbia es hasta un absurdo: pues que, si se os presenta un basamento y sobre ese basamento una columna ¿no diriais que era un absurdo el asegurar que encima de esa columna no se podría colocar una estatua? y ved, señores, que este simil, aunque bastante imperfecto, tiene no obstante, mucha exactitud: el basamento es el orden físico; es precisamente lo más grosero é imperfecto: la columna es el orden psicológico; ya es un objeto más perfecto, tiene mejores cualidades y puede, aunque en bosquejo, espresar algo: la estatua es el orden sobrenatural, mucho más perfecto que los anteriores, espresa con la mayor claridad cualquier idea ó afecto, es lo que ahora se llama una figura estética. Y si pues sobre el mundo inerte y material (es decir sobre el basamento) se levanta el mundo movable y espiritual (es decir, la columna) ¿por qué razón, sobre el mundo movable y espiritual, no se ha de alzar el mundo de lo infinito, el mundo de lo ilimitado? ¿Por qué, repito, sobre ese basamento y esa columna, no se ha de colocar una estatua?

Si hubiese venido á demostrar solamente la existencia del orden sobrenatural, no solo ampliaría las pruebas hasta ahora presentadas, sino que aduciría otras nuevas é irresistibles en cor-

roboracion de ese principio; pero como mi fin es otro, no puedo aunque lo sienta, detenerme en lo que, para el asunto que nos ocupa, no es hasta cierto punto mas que un detalle. Así es, que dada la existencia del orden sobrenatural, voy á apoyarme en este principio, para sacar una consecuencia.

Hay un orden fisico y hay una verdad física, hay un orden psicológico y hay una verdad psicológica: y si hay como hemos demostrado, un orden sobrenatural, habrá tambien necesariamente, una verdad sobrenatural; porque la inteligencia, al adquirir ideas y formular juicios acerca de cada uno de estos órdenes, puede acertar ó equivocarse, puede hallar ó no la verdad.

Ahora bien ¿en qué se apoya la razon para calificar los juicios de verdaderos ó de falsos? se apoya, responde la filosofía, en los criterios, es decir, en esas piedras de toque en que probamos los juicios, para afirmar ó negar su conformidad con lo que se llama la verdad.

Para cada género de verdades hay un especial criterio. ¿En qué nos apoyamos para afirmar que es el cielo azul, que es fria la nieve, que es armonioso el canto de ciertas aves, y tantos otros juicios como formamos acerca del mundo corpóreo? ¿En qué? Todos lo sabeis; en los sentidos: he aquí el criterio de la verdad física. El orden fisico reclamaba un criterio, que participase de sus cualidades y vease como los sentidos las poseen tan plenamente, que son un excelente medio para conseguir aquel fin.

Vamos al orden psicológico. Cuando envolvemos en el sudario de la ignominia la memoria del primer homicida del mundo, de Cain; cuando colmamos de alabanzas á David que generoso se abstiene de la venganza, perdonando la vida á Saul, habiendo podido matarle; cuando no tenemos palabras suficientes para censurar á Neron, ni frases con que celebrar á Antonino Pio, decidme; ¿en qué nos apoyamos para asegurarnos de que no estamos en un error, al afirmar que las acciones de los unos son buenas y las de los otros malas? En qué?... Tambien lo sabeis todos, en la razon, en la ley moral, en la conciencia: hé aquí el criterio del orden psicológico.

La conciencia es, pues, el criterio de la verdad psicológica: y esto me parece que no podrán en buena lógica negarlo ni aun los mismos racionalistas: en lo que podemos llamar su credo filosófico, encuentra perfectamente este principio un lugar.

Llegamos ya al verdadero punto de la dificultad: ¿Si hay un orden sobrenatural y por consiguiente una verdad sobrenatural, cuál será su criterio? Discurramos.

En el transcurso de esta demostracion hemos podido observar que el criterio participa de la naturaleza del orden cuya verdad afirma: es fisico, porque son los sentidos, para el mundo fisico; es psicológico, porque son la razon y la conciencia, para el mundo psicológico; y *á pari*, porque no puede ser otra cosa, será sobrenatural para ese mundo, para ese orden á quien hemos llamado de esta manera. Si el criterio nos ha de servir, esto es, si nos ha de atestiguar, si nos ha de corroborar la certeza de un juicio, ¿será posible que no tenga relacion, que sea completamente ageno y extraño al orden cuya verdad afirma? Contestar asintiendo á esta pregunta, es en el terreno de las ideas, en una sana y racional filosofía, un absurdo, por no decir una necedad.—Y voy aquí á tratar una cuestion prévia. Quisieran algunos que puesto que la razon descubre la existencia del orden sobrenatural, puesto que con la razon hemos llegado á considerarle hasta necesario, puesto que alumbrados con la luz de la razon hemos contemplado su superficie, analizáramos ese orden, lo estudiáramos y juzgáramos con el auxilio solo de la razon. Pero la sutileza de este argumento y la inanidad de este vano deseo, se conoce con un ejemplo sencillo y hasta, si quereis, trivial. Suponed un viajero que deseando recorrer el mar, llega hasta su orilla á pié, á caballo, en un tren, ó en cualquiera otro medio de comunicacion terrestre: una vez allí, él vé desde la playa el mar, no puede dudar de su existencia, sus pies casi son lamidos por las olas; pero nuestro viajero no se contenta con eso, él quiere penetrar en el mar, él quiere reconocerlo, atravesarlo: ¿y qué diriais de ese hombre si se

empeñase en realizar su propósito ó montado en un caballo, ó cómodamente recostado en un coche, solo porque aquel coche ó aquel caballo le habían conducido hasta la playa? ¿No diriais, y con razon, que ese hombre era un soñámbulo, un insensato, un nécio, ó mejor un loco? pues eso mismo podemos decir de los que quieren penetrar en la inmensidad del orden sobrenatural, auxiliados solo de su pobre razon, tan solo porque con ella han llegado hasta sus puertas.

Hay, pues, que adoptar por criterio de ese orden, una cosa distinta de la razon, una cosa que participe de la naturaleza de ese orden, en una palabra, una cosa sobrenatural. Para acertar con ella, examinemos las condiciones que debe reunir. A su sobrenaturalidad (y ya al principio hemos espresado lo que esta idea comprende) ha de agregarse su accesibilidad al ser humano; pues nosotros, en tanto afirmamos el orden sobrenatural, en cuanto le alcanzamos, en cuanto se nos descubre, en cuanto se nos manifiesta. Debe ser por lo mismo, ese criterio divino y humano, finito é infinito, del tiempo y de la eternidad. Y yo os digo: presentadme algo, sea objeto ó persona, institucion ó idea, que pueda ostentar este doble caracter, que reuna ese cúmulo de circunstancias, que esté adornado de semejantes cualidades; que yo estoy seguro, muy seguro de que no le podreis hallar fuera de la idea religiosa, del principio religioso, que une y enlaza en estrecho vinculo, el mundo de lo limitado y el mundo de lo infinito, el mundo de lo perecedero, y el mundo de lo inmortal, el mundo de quien es rey el hombre y el mundo en que se esparce y difunde la esencia inefable de Dios. Y al decir que es la idea religiosa, el principio religioso, ese criterio que hace tiempo buscamos, no creais que me refiero á esas religiones hijas de la soberbia ó de la ilusion, á esas religiones que dejan frio el corazon y á oscuras la conciencia, á esas religiones en fin, que solo se conservan ó entre la ignorancia de los pueblos incultos ó como plantas exóticas al calor que les prestan las estufas de los gabinetes de algunos gobiernos: no, el criterio del

orden sobrenatural no puede ser una cosa tan pequeña y endeble: no, el criterio del orden sobrenatural no pueden constituirlo esas instituciones que nacen hoy para morir mañana, que quizás alucinan un año, un lustro, un siglo; pero que consumidas por la raquitis que desde su origen las devora, unas ahora y otras luego, exhalan al fin su postrimer suspiro: no, el criterio del orden sobrenatural no puede ser eso, no puede cifrarse en eso, no puede consistir en eso, porque el orden que afirma es eterno y eso es mortal; porque el orden que afirma es muy grande y eso es muy pequeño; porque el orden que afirma es divino y eso es humano y nada mas que humano; digo m. l, es casi menos que humano, porque nace al calor del mas mezquino de todos los sentimientos del hombre, de las pasiones; de la mas mezquina de las pasiones, del egoismo y de la soberbia.

Solo la Iglesia católica es entre todas esas mal llamadas religiones, que á su alrededor nacen y mueren como la endeble yerba junto al robusto tronco de la secular encina, la única que desarrolla, la única que desenvuelve, la única que establece y define la idea religiosa, el principio religioso, y esta verdad vienen al fin á reconocerla y confesarla, hasta nuestros mas encarnizados enemigos, puesto que uno de sus corifeos, Proudhon, estampó esta frase. "Si no fuera ateo, tendria que ser católico." Y si pues la idea religiosa es el catolicismo, es la Iglesia, se infiere como una consecuencia lógica é inescusable, que la Iglesia católica, encarnacion genuina de la idea religiosa, manifestacion sensible de esa idea, conducto de esa idea, es realmente necesaria, porque sin ella caminariamos á oscuras por la inmensidad del orden sobrenatural, sin luz que nos dirigiera, sin faro que nos guiara; porque sin ella ese orden seria verdaderamente incomprensible, seria realmente inafirmable, puesto que inafirmable es toda idea, todo principio de cuya certeza no podemos tener una segura garantía; porque inafirmable es en fin, toda verdad cuyo criterio no poseemos.

Indudablemente, señores, la Iglesia

Católica colocada como brillante faro en la pirámide de los siglos para alumbrar las sendas del género humano, para conducir los vuelos de la inteligencia por los infinitos horizontes del orden sobrenatural, es realmente necesaria como criterio de ese orden, como reveladora, como su comunicadora, como su maestra; pero como criterio cierto, indudable, lo llamaré por su nombre, infalible, de la verdad sobrenatural.

¡Qué sería de la humanidad, qué sería de los pueblos, si se eclipsase esa estrella, si se apagase ese faro, si se extinguiese esa luz! ¡qué sería de la humanidad, que sería de los pueblos si, en medio del horrisono estruendo que producen las escuelas que luchan, los filósofos que cuestionan, las oposiciones que se contradicen, los sistemas que mutuamente se destruyen... no se oyese la voz fuerte, robusta é infalible de la Iglesia, que, al ver á los hombres empeñados en luchas estériles, en combates infructuosos, en guerras sangrientas é inútiles, ofuscados por la atonía que produce la incertidumbre, entre dudas y vaguedades, entre errores y pasiones, les esclama: *Filii hominum ¿usquequó gravi corde? ¿ut quid diligitis vanitatem, et queritis mendacium?* (1)

Sería interminable si comenzáse á sacar consecuencias de estos principios y á tratar esta cuestion bajo todos sus aspectos; pero la necesidad de resolver la segunda parte de mi proposicion, y el deseo de no estenderme demasiado, me obligan, aunque lo sienta, á reasumir la presente demostracion.

Reasumiendo, pues, he procurado demostrar que existiendo el orden sobrenatural, es absolutamente necesario para el hombre un criterio sobrenatural; y probado que ese criterio no puede ser otro que la Iglesia católica, se infiere, como una consecuencia irrefutable la necesidad de esta institucion tan augusta y sagrada. Por estas consideraciones, al dejar el campo de las teorías para entrar en el de los hechos, al dejar de oír la sola voz de la razon, para escucharla unida á la severa de la historia,

(1) Salm. 4, vers. 3.º

creo que, como consecuencia última de nuestras tareas, podemos elevar en medio de ese campo un monumento sencillo, pero magestuoso, en honor de nuestra Madre, en cuyos mármoles, para confusion del racionalismo y sus sectarios, se lean estas palabras: La Iglesia es una necesidad que reconoce y descubre la filosofía.

Ahora, deseo que en el campo de la historia erijamos otro en el que se grave esta inscripcion: La Iglesia es una necesidad social.

Visita de la Côte de María en la presente semana.

Día 11.—Ntra. Sra. de Gracia, en San Francisco.

Día 12.—Ntra. Sra. de la Anunciacion, en San Nicolás.

Día 13.—Ntra. Sra. de la Esperanza, en San Nicolás.

Día 14.—Ntra. Sra. del Consuelo, en las Monjas Agustinas.

Día 15.—Ntra. Sra. de Guadalupe, en las Capuchinas.

Día 16.—Ntra. Sra. de las Angustias, en idem.

Día 17.—Ntra. Sra. de Cueva Santa, en idem.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial la misa mayor á las nueve; en Sta. María á las ocho y media, y en Ntra. Sra. de Gracia á las ocho.

Mártes.—En las Agustinas misa de renovacion á las siete y media. Por la tarde Trisagio á las cinco.

Jueves.—En las Capuchinas misa de renovacion á las siete, y por la tarde á las cuatro el Trisagio.

Sábado.—Vigilia y ayuno con abstinencia de carne.

No hay misa de renovacion en la Colegial.